

Tres caminos hacia el rostro del pobre: una teología comparada, islam y budismo para enriquecer la mirada cristiana

Yeferson Mauricio Morales Holguín

Resumen: Este estudio tiene como objetivo enriquecer la noción del pobre en el cristianismo, a partir de un análisis comparativo con las perspectivas teológicas del islam y el budismo. Sobre la base de una hermenéutica textual, estas distintas perspectivas se entrelazan para ampliar la comprensión teológica del pobre en el cristianismo y motivar una reflexión transformadora frente a la pobreza contemporánea.

Palabras clave: islam, budismo, cristianismo, pobre, comunidad

Abstract: This study aims to enrich the concept of poverty in Christianity, based on a comparative analysis with the theological perspectives of Islam and Buddhism. Through textual hermeneutics, these different perspectives are intertwined to broaden the theological understanding of poverty in Christianity and encourage transformative reflection on contemporary poverty.

Keywords: islam, buddhism, christianity, poor, community

Introducción

Durante siglos, en gran parte del cristianismo, hablar del pobre ha tenido su fundamento en la enseñanza del amor al prójimo y la ayuda a los necesitados. Sin embargo, la aplicación práctica ha sido inconsistente. Es más, en algunos casos, el cristianismo ha sido criticado precisamente por su falta de acción efectiva en cuanto a la asistencia a los pobres en lo material y espiritual, a pesar de las enseñanzas bíblicas que resaltan la importancia de la justicia social y la solidaridad con los marginados. Hay un reto socioeconómico, cultural y religioso en el contexto que viven los pobres. Asimismo, el término *pobre* ha sido abordado desde otras perspectivas (espiritual, emocional, intelectual, moral etc.), lo que ha producido la romantización de esa condición. Sin embargo, esta idealización a menudo invisibiliza las

verdaderas carencias materiales y estructurales que enfrentan las personas en situación de pobreza.

Es pertinente el estudio y la reflexión teológica del pobre, ya que pueden aportar una interpretación más profunda en la mirada cristiana. A pesar de que el cristianismo desarrolla un enfoque teológico rico y profundo sobre el tema, persiste un desafío teórico en la coherencia y articulación de estas enseñanzas en el pensamiento contemporáneo. Otras religiones, como el islam y el budismo, aportan enfoques únicos sobre la pobreza: la primera, con su fuerte énfasis en la justicia social; la segunda, con su reflexión sobre el desapego y el sufrimiento invitan a ampliar esta perspectiva. En este contexto, surge la pregunta: ¿Cómo enriquecer la concepción teológica cristiana del pobre a partir del aporte proveniente del islam y el budismo?

El objetivo general de este estudio es enriquecer la noción del pobre en el cristianismo, a partir de un análisis comparativo con las perspectivas teológicas del islam (el zakat y la justicia social, entendiendo la pobreza como responsabilidad comunitaria y oportunidad espiritual) y el budismo (la pobreza a través del dukkha, el desapego material y la interconexión, reflexionando sobre compasión y bienestar), integrando sus enfoques para ampliar la concepción cristiana del pobre. De hecho, la concepción del pobre que se va a trabajar en este texto es aquella persona que no puede mantener un nivel de vida aceptable, es decir el pobre económico.

Para lograrlo, se plantea el análisis de textos sagrados y enseñanzas relacionadas con el cuidado del pobre, haciendo uso de una metodología de hermenéutica textual. Además, se buscará examinar cómo estas nociones se pueden aplicar al cristianismo, a través de las perspectivas teológicas comparadas. El propósito es ofrecer una integración enriquecedora teórica que inspire tanto la reflexión individual, como colectiva en la lucha contra la pobreza en el contexto contemporáneo.

Sistema metodológico

Este trabajo se enmarca dentro de un enfoque cualitativo, orientado por una perspectiva teológica hermenéutica y comparada. La metodología empleada responde al propósito de establecer un diálogo entre tradiciones religiosas diversas (cristianismo, islam y budismo), buscando identificar las categorías teológicas que cada una propone respecto al pobre y su

significado. Por ello, se recurre al análisis de textos fundacionales (la Biblia, el Corán), junto con fuentes secundarias de teólogos contemporáneos, a fin de articular una lectura comparativa que permita reinterpretar la noción del pobre en el cristianismo. El método comparativo teológico se desarrolla a través de tres etapas: Primera, identificación de los principales postulados teológicos del islam y el budismo en torno al pobre. Segunda, contraste de estos postulados con la teología cristiana del pobre, evidenciando similitudes, tensiones y vacíos. Tercera, integración de los aportes de ambas tradiciones a la luz de la fe cristiana, con el fin de enriquecer su comprensión teológica y práctica pastoral.

1. Perspectiva teológica del pobre en el islam

1.1. Entre la justicia divina y la responsabilidad comunitaria

En el contexto del islam, la pobreza no solo se percibe como una condición socioeconómica, sino como un desafío existencial que interpela tanto al individuo como a la comunidad en su conjunto: “Es necesario entrar en su interior, descubrir su sentido, comprender su acepción y, sobre todo, conocer la estrecha relación entre ellos y la opción por los pobres, subrayada constantemente en el Corán” (Tamayo, 2009, p. 144). La noción de pobreza y la relación hacia el pobre asumen gran notoriedad en los temas fundamentales de esta religión. De este modo, la religión enfatiza en la importancia de ayudar a los pobres como una parte integral en la práctica religiosa y moral.

Se emplea una variedad de expresiones para describir las distintas formas de pobreza y vulnerabilidad, reflejando la complejidad de las situaciones que enfrentan los individuos. Denominaciones como: *faqir* (pobre), *maskin* (necesitado), *mustad'af* (oprimido), y *yatim* (huérfano) revelan que la pobreza no es monolítica, sino que se presenta en distintas formas (Gómez, 2019). Cada designación refleja una circunstancia particular, desde la falta de recursos básicos hasta la orfandad o la opresión, y destaca la importancia de la ayuda comunitaria para cada grupo específico. La diversidad de términos muestra la riqueza de la ética islámica en su enfoque hacia los pobres (Pikaza, 2010, p. 903-904).

El Corán distingue entre dos categorías principales de pobres: “Me refiero especialmente a los pobres voluntarios, como pueden ser los ascetas y algunos profesionales de la judicatura, así como a los pobres involuntarios que sufren problemas económicos por causas naturales” (Carballeira, 2011, p. 240). Se presenta una comprensión matizada de la

pobreza, reconociendo que la causa de la pobreza puede variar y que la respuesta social y espiritual debe adaptarse a esas circunstancias.

Por otro lado, el Corán ofrece una fuerte crítica hacia aquellos que ignoran o maltratan a los más necesitados: “¿Qué te parece el que desmiente el Juicio? Es el mismo que rechaza violentamente al huérfano. y no anima a dar de comer al pobre. ¡Ay de los que oran distraídamente, para ser vistos y niegan la ayuda!” (Corán 107:1-7). Se pone de manifiesto que rechazar a los huérfanos y no alentar a los demás a alimentar a los pobres es considerado un acto de desdén hacia la religión. Esta postura muestra que no solo hay una preocupación por las creencias individuales, sino también por las acciones comunitarias y la responsabilidad social hacia los más vulnerables. El pobre, por lo tanto, es una figura central en la ética islámica, vinculada directamente a la autenticidad de la fe.

El profeta Muhammad se distinguió por marcar un comportamiento de alteridad entre los creyentes: “Solía dar a los pobres buena parte de los ingresos familiares, así como los regalos que le hacían y el botín de guerra. Proverbial fue su generosidad hacia los pobres, esclavos y libertos, quienes primero se convirtieron” (Tamayo, 2009, p. 54). Este comportamiento se convirtió en un ejemplo a seguir para los fieles, subrayando la importancia de la generosidad y el apoyo a los marginados. Se plantea así cómo los musulmanes debían actuar frente a la pobreza, lo que consolida un estilo de vida basado en el servicio a los demás.

La pobreza no se ve como una simple condición económica. También es percibida como una oportunidad para poner en praxis la caridad y la generosidad. Enfrentar y combatir la pobreza no es solo una forma de acercarse a Dios y de buscar la recompensa divina, lejos de eso es un deber social. El concepto de pobreza está entrelazado con la espiritualidad, en la cual tanto quien da como quien recibe tienen un papel fundamental en la creación de una comunidad justa y compasiva. Por tanto, la pobreza se convierte en una prueba de fe y un medio para la salvación espiritual (Puente, 2019, p. 33).

1.2. La pobreza como desafío existencial

En el texto sagrado musulmán, se hace hincapié en la temporalidad de la vida terrena y las pruebas que trae consigo esa misma existencia: “Os pondremos a prueba por el terror y por el hambre, por las pérdidas en vuestros bienes y en vuestros hombres, en vuestras cosechas” (Corán 2:150). Con todo, da buenas nuevas a los que son pacientes en la

adversidad. En efecto, la pobreza se presenta como aquella prueba que enriquece la fe de los creyentes para poseer la experiencia más cercana a la salvación. Es un desafío existencial que combina dinámicas de caridad, generosidad y compasión: “Alimentar, en tiempos de escasez propia, a un pariente huérfano, o a un pobre desconocido tirado en el suelo” (Corán 90:14-16). Se pone de manifiesto así la responsabilidad de cada practicante con respecto a la realidad revelada en su contemporáneo que contribuye implícitamente hacia un camino de rectitud y la proximidad con su Dios.

La pobreza es, además, oportunidad para desarrollar virtudes en los fieles, tales como la paciencia, la humildad y la gratitud. Dichas virtudes permiten cultivar una actitud de resiliencia, esperanza y conciencia de la propia fe. “Y haced el bien a vuestros padres, a los parientes, a los huérfanos, a los pobres, al vecino que es de vuestra gente y al vecino que es un extraño” (Corán 4:36). El versículo recalca la importancia del apoyo y la justicia social, promoviendo el bienestar de todos, independientemente de su cercanía o relación.

Tal perspectiva también es una exhortación a la solidaridad y el apoyo comunitario en tiempos de dificultad. La comunidad religiosa es inspirada a ser un refugio para los miembros más vulnerables, brindándoles apoyo y protección. De este modo lo expresa el Corán: “Así, una parte de esos beneficios de la guerra se destinará a los pobres de aquellos que han abandonado el ámbito del mal: los que han sido expulsados de sus hogares y despojados de sus bienes por buscar el favor de Al-lah y su complacencia, y que ayudan a la causa de Al-lah y Su Enviado: ¡esos, precisamente, son los veraces!” (Corán 59:8). La enseñanza acentúa el compromiso con Alá a través de la caridad y el servicio generoso hacia los demás, así son considerados los verdaderamente justos y dignos de su favor.

Por otro lado, desde una perspectiva teológica, la pobreza también puede ser vista como una manifestación de la sabiduría divina: “No hay desgracia que ocurra al hombre que no sea con la venia de Al-lah: así pues, quien cree en Al-lah guía su corazón a esta verdad; y Al-lah tiene conocimiento de todo” (Corán 64:11). Se invita a los piadosos a seguir confiando en su Dios y encontrar consuelo en la fe. De hecho, para algunos musulmanes la pobreza no se comprende como un castigo, sino el medio más eficaz de educación espiritual, guiado por la sabiduría divina. Esta forma de concebir la pobreza da una razón para ser optimistas y agradecidos en las situaciones complejas.

1.3. La dignidad del pobre

Se promueve la defensa de la dignidad humana en todas sus facetas: “¡Oh gentes! Ciertamente, os hemos creado a todos de varón y hembra, y os hemos hecho naciones y tribus, para que os reconozcáis unos a otros. Realmente, el más noble de vosotros ante Allah es aquel que es más profundamente consciente de Él” (Corán 49:1). En efecto, la dignidad no está determinada por la condición socioeconómica, pero sí por la piedad y la virtud del creyente. Se muestra una preocupación significativa por los menos afortunados, destacando la importancia de ayudar y apoyar a quienes enfrentan dificultades económicas. La dignidad del pobre es un principio fundamental que refleja la equidad y justicia social: “los pobres tienen derecho a una parte definida de la prosperidad de los ricos, fijada por la zakat, impuesta y recogida según la ley” (Küng & Moltmann, 1994, p.491).

Se reconoce además de la necesidad material, la dignidad inherente de cada individuo, asegurando que los más vulnerables reciban su parte justa en la sociedad. La pobreza no solo es reconocida como un desafío social, más bien como una responsabilidad administrativa y legal. La promulgación de leyes ha sido indispensable para impedir la explotación de los pobres, lo cual constituye la causa por los pobres. Además, “el ideal del islam exige que la administración se haga cargo de las necesidades inmediatas de quienes no puedan cubrirlas” (Pikaza, 2010, p.903). El presente principio asegura que los más desfavorecidos reciban la protección adecuada y el apoyo que necesitan, con un enfoque en la justicia social y el bienestar colectivo. Lo mencionado, no se prescribe en la caridad individual; más bien, se exige la intervención estructural para garantizar la dignidad de los pobres.

No se trata de un reconocimiento pasivo de la condición de la pobreza en la que viven algunas personas. Debido a la razón religiosa y su eje primordial por reconocer en el pobre cierta dignidad, se ilustra una caracterizada acción practica que compete a toda la comunidad en su integridad. De hecho, es una apuesta para ir más allá de un acto moral regulado por la religión. Es la respuesta a una condición social que afecta a todos sin distinción de credo, edad ni raza: “era obligación de la administración mantener económicamente a todos los necesitados, fueran o no musulmanes, y la obligación pasaba a ser de cada musulmán cuando el tesoro público no fuera suficiente” (Pikaza, 2010, p.903). Se cree que ayudar a los pobres no solo beneficia al receptor; a su vez purifica las riquezas del donante y fortalece la comunidad en su conjunto.

A ello se puede remitir a la figura del profeta Muhammad, quien estableció un claro ejemplo en su vida al ser generoso con los pobres y necesitados, incluso cuando él mismo tenía recursos limitados. Esto ha sido de inspiración para muchos líderes islámicos:

Su discurso de aceptación del cargo era la mejor expresión de la conciencia musulmana. En él invitaba a la comunidad a ejercer el sentido crítico sobre su mandato, declaraba su opción por los pobres, en sintonía con la predicación y la práctica de Muhammad, y pedía obediencia, pero siempre que siguiera los mandatos de Dios y de su Profeta. (Tamayo, 2009, p. 58)

El líder musulmán expresa una autoridad fundamentada en la justicia divina, promoviendo el sentido crítico, comprometiéndose con los pobres y condicionando la obediencia a su fidelidad a Dios y al Profeta, revelando así una visión de autoridad sometida a principios divinos y orientada al servicio de la justicia.

De hecho, las enseñanzas musulmanas promueven una estructura social en la cual los recursos sean repartidos equitativamente, esto con el propósito de asegurar que los miembros de la comunidad tengan la posibilidad de satisfacer sus necesidades básicas:

Y si en la distribución de la herencia están presentes otros parientes, huérfanos y pobres, dadles algo de ello como sustento, y habladles con amabilidad. Y que teman a Al-lah aquellos herederos legales que si dejaran una descendencia débil temerían por ellos y que sean conscientes de Al-lah y hablen a los pobres de forma correcta (Corán 4:8-9).

El Corán establece la obligación de que los herederos proporcionen sustento y un trato digno a los huérfanos y pobres, exhortándolos a actuar con conciencia y rectitud. Este precepto refuerza la noción de que la ayuda mutua hacia los menos afortunados es un principio fundamental e indispensable para la cohesión y justicia social.

1.4.Más allá de la caridad

Hay cinco fundamentos esenciales en la fe y practica islámica: profesión de fe, oración, limosna, ayuno durante el ramadán y peregrinación a la meca: “Ser musulmán implica reconocer nuestra sujeción a aquello que rige la existencia sin tratar de dominarlo, y actuar en consecuencia. Para ello son necesarias unas prácticas concretas, seguir una tradición determinada” (Prado, 2007, p.88). La limosna juega un papel importante en la vida de los creyentes. Tiene un significado profundo como expresión de gratitud hacia Alá y medio para purificar el alma y fortalecer los lazos comunitarios. Se presentan dos formas de manifestar esta limosna. La primera se denomina *zakat*, que constituye una parte obligatoria de la

práctica religiosa para aquellos que tienen los medios económicos para hacerlo. La segunda forma se encuentra como *sadaqâ*, una limosna voluntaria que se alienta a practicar en cualquier momento y en cualquier medida.

El zakat es una forma de redistribución de la riqueza a los menos afortunados, los pobres, los necesitados, los huérfanos, los viajeros y otras categorías específicas: “El rico debe pagar el zakat voluntariamente y de todo corazón, y el pobre no debe sentirse molesto recibiendo el zakat, pues es un deber de uno y un derecho del otro” (Mota, 2013, p. 145). Esto pone una relación más cordial entre los miembros de la sociedad, asegurando de cierta manera la reducción de las tensiones de las clases sociales: “De su dinero destinan un derecho establecido para el que pide ayuda y para el indigente honesto” (Corán 70:24-25). Es, al mismo tiempo, el reconocimiento del beneplácito que se ha recibido por parte de Alá. El zakat, al ser considerado un impuesto, no tiene ese carácter propiamente voluntario de limosna: “Efectivamente, el zakat se parece más a un impuesto que a una limosna, y es en realidad el derecho de los pobres. La parte de tu ganancia que corresponde al zakat, en el islam, no te pertenece, de modo que si no la das estás robando” (Pikaza, 2010, p.904).

La sadaqâ abarca mucho más que la ayuda material, extendiéndose a todas las buenas acciones: “Además, la sadaqâ no es únicamente un donativo a los indigentes sino toda buena acción en general, como se ve en los siguientes dichos del profeta Muhammad: Dejar de hacer el mal es sadaqâ” (Pikaza, 2010, p.903). Implica reconocer que las acciones se realizan para forjar una amistad genuina, ya que no puede existir una verdadera amistad sin sinceridad. En ello, la fe manifestada en un acto sincero de generosidad; ineludiblemente conduce a una recompensa abundante: “Si dais limosna públicamente, excelente; pero si la entregáis a los pobres en secreto, mejor aún para vosotros, y os servirá como expiación de parte de vuestras faltas. Y Al-lah está bien informado de todo cuanto hacéis” (Corán 2:271). Las enseñanzas islámicas valoran cualquier acto de bondad, promoviendo la generosidad y empatía hacia los demás como una expresión de compasión, gratitud, caridad, purificando el corazón y buscando la satisfacción de Alá.

2. Perspectiva teológica del pobre en el budismo

Su esencia está enmarcada por el sufrimiento humano y la posterior liberación del ciclo de sufrimiento, el cual se denomina *samsara*: “la experiencia del sufrimiento es el aguijón que nos empuja hacia el camino de la liberación. Somos llevados por el movimiento sin fin

de la rueda del karma y de los renacimientos, producimos el sufrimiento y, mientras no seamos liberados, continuaremos ocasionándolo en nosotros mismos y en los demás” (Scheuer, 2012, p.80) En efecto, no hay una noción de pobres en el sentido expresamente material, pero sí como el engranaje de una realidad más amplia que afecta a todos los seres. Asimismo, el budismo se caracteriza por emplear una serie de elementos que conducen al practicante a llevar una vida más consciente para ese despertar espiritual o ser compasivo con todos los seres sintientes.

2.1. *Dukka*: camino de sufrimiento, desapego y renuncia

El sufrimiento es una realidad que afecta a extraños y conocidos. Es un elemento importante de la vida humana al nacer y al morir el ser humano experimenta este sufrimiento. Según Buda como se cita en (Kramer, & Montesinos, 2018): “Esta, oh monjes, es la Noble Verdad del Sufrimiento. El nacimiento es sufrimiento, la vejez es sufrimiento, la enfermedad es sufrimiento, la muerte es sufrimiento; el pesar, el lamento, el dolor, la aflicción y la desesperanza son sufrimiento” (p.44). Por lo cual, todo en la vida está marcado por el sufrimiento físico, emocional o existencial. Se sufre: “porque no poseemos una mente adiestrada, controlada y despierta” (García, 2013, p. 12). Es ineludible evitar el sufrimiento desde esta perspectiva. La pobreza de índole material es una manifestación de ese sufrimiento universal.

Así pues, hay una serie de elementos que hacen que el sufrimiento sea más intenso: “los llamados tres venenos mentales (apego, enojo e ignorancia) están sustentados en una actitud completamente egocéntrica; es decir, en una serie de actos de pensamiento, palabra y cuerpo que sólo buscan la felicidad propia” (García, 2013, pp. 12-13). En consecuencia, la pobreza material y la realidad de los pobres no sólo es una experiencia vivida por la propia manifestación del sufrimiento personal, sino por la imperiosa hambre de placer de ciertas personas:

Las personas de los países ricos impulsadas por la soledad y el hambre de placer ponen en marcha una cascada de formas de sufrimiento en su búsqueda de consuelo, absorben las principales fuentes de recursos del mundo e importan comidas de lujo, bienes intensivos en mano de obra y recursos irremplazables. (Kramer & Montesinos 2018: p.52)

El consumo desmedido en los países ricos no solo refleja vacíos emocionales, sino que también perpetúa desigualdades globales y agota los recursos del planeta: “Despertó ante la omnipresencia de

la enfermedad y la muerte, la miseria y la pobreza, y la crueldad del mundo” (Brazier,2012, pp. 134-135).

Ciertamente, el dominio de las élites económicas tiene consecuencias devastadoras para las poblaciones más vulnerables: “En los países mermados por el consumo de estas personas hambrientas de poder, los sufrimientos biológicos tales como la malnutrición y las enfermedades se ven agravados por los cambios socioeconómicos masivos asociados al dominio económico” (Kramer & Montesinos, 2018, p.52). Esto resulta en un ciclo de pobreza y marginación difícil de romper, afectando profundamente el bienestar de las poblaciones más vulnerables. El descontrolado afán de consumismo está conduciendo al ser humano a una equivocada forma de convivir con los otros. En consecuencia, aquellos más vulnerables son los que sufren con más intensidad los vejámenes de la inequidad:

De este modo debemos ya desde ahora entregamos a alguna de las formas que indique antes, a ayudar a los demás, no importa la situación en la que estemos, siempre hay algo que es posible que hagamos por alguien, una sonrisa, un regalo, un buen consejo, un buen deseo, una colaboración con los pobres, estudiar dharma, recibir enseñanzas, proteger al desprotegido. (Chophel, 2016, p. 40)

Si bien es cierto los pobres hacen parte de un gran sistema, a medida que el mundo llama a la puerta de nuestros sentidos, “el yo se transforma en el ser y surgen los anhelos: hambres de placer, de seguridad y de vida en sí misma. El yo se aferra a estas cosas y las agarra firmemente cuando las consigue” (Kramer & Montesinos,2018, p.56). Ese innegable sentido de apego que imposibilita el: “estado de no-iluminación es, en última instancia, *duhkha* es decir, un estado insatisfactorio, y que no hay ninguna deidad creadora, de existencia primordial, omnisciente y absolutamente benevolente, que, en cierto sentido, pueda pensarse como una persona” (Williams & Tribe, 2016, p. 26).

Por lo tanto, hay un deseo más inconmensurable en el interior de la persona para buscar este tipo de sufrimiento, desvirtuando la necesidad de relación con el sufriente: “También el estar unido a lo no-amado y el estar separado de lo amado es sufrimiento. Y el que uno desee y anhele algo y no lo consiga, también esto es sufrimiento” (Bauer, 2015, p.193). El ser humano experimenta sufrimiento no solo en la falta de relación con los demás, incluso al enfrentarse a deseos insatisfechos y a circunstancias que lo alejan de lo amado o lo unen a lo no deseado.

En este sentido, es esencial que el ser humano, impulsado por un despertar espiritual, practique el desapego y la renuncia desde su propia experiencia, en línea con la idea budista de que toda transformación surge exclusivamente a partir de las vivencias individuales. “Así pues, el budismo apunta, principalmente, a la experiencia transformadora del individuo, ya que no hay experiencias que no sean experiencias de los individuos” (Williams,y Tribe, A, 2016, p. 26). Este proceso no solo lleva al ser humano a experimentar el desapego y la renuncia de igual manera, lo guía hacia el reconocimiento de la miseria ajena profundizando en lo que comúnmente se entiende como empatía, una vivencia transformadora en la que el individuo se conecta con el sufrimiento del otro.

En el budismo se habla de sufrimiento social: “El sufrimiento social es la manifestación sistemática del sufrimiento interpersonal, del mismo modo que el sufrimiento interpersonal es la manifestación sistemática del sufrimiento personal” (Kramer, & Montesinos, 2018, p.51). Se señala que en el budismo el sufrimiento social se entiende como una manifestación sistemática del sufrimiento interpersonal, el cual, a su vez emana del sufrimiento personal, revelando la interconexión de todas las formas de sufrimiento en la experiencia humana. La enseñanza sobre la fugacidad de lo material y la persistencia del sufrimiento contrasta con la mente que permanezca atrapada en la ignorancia y el deseo:

Llegará un momento en que el poderoso océano se secará, desaparecerá y ya no será más.
Llegará un momento en que la poderosa tierra será consumida por el fuego, perecerá y ya no será más. Pero aún no habrá fin al sufrimiento de los seres, que, obstaculizados por la ignorancia y atrapados por el anhelo, se apresuran y se precipitan a través de este ciclo de renacimientos. (Goddard, 2023, p. 86)

Así, se nos recuerda que la verdadera liberación no depende de las condiciones externas, sino del despertar interior que rompe las cadenas del deseo y la ignorancia.

De esta manera, el pobre se siente acogido por aquel que empieza a realizar este camino de iluminación:

Cuando las personas que pasan hambre se comunican entre sí, su afiliación está basada en la compasión por los demás, pero también con frecuencia en el hecho de tener a los países dominantes como enemigos en común. El dolor que se produce como consecuencia de este odio puede verse tanto en los rostros de los guerreros como en los de sus víctimas. (Kramer, & Montesinos, 2018, p.51)

La experiencia del hambre no solo genera lazos de solidaridad entre quienes la padecen, sino que también promueve una conciencia colectiva de resistencia frente a estructuras de poder opresoras, convirtiendo el sufrimiento compartido en una forma de unión y oposición común. Este sufrimiento, sin embargo, no se interioriza únicamente a nivel individual, sino que se configura en la relación con el otro, en una correspondencia que refuerza la dimensión comunitaria de la aflicción y potencia su carga ética y política.

La sensibilidad por el otro, emerge como una situación de sufrimiento compartida: “el sufrimiento personal, el interpersonal y el social coexisten en nuestras vidas personales y saturan el corazón de la sociedad, no porque seamos malos, sino porque somos humanos” (Kramer & Montesinos, 2018, p.53). Es más, esta actitud pone de relieve la necesidad del ser humano de ver en el otro la fragilidad de su humanidad en la somatización y asimilación del sufrimiento como experiencia emancipadora. Una idea que sobresale de todo este conjunto de elementos característicos del budismo es la renuncia a lo que parece importante hoy: egocentrismo, poder y avaricia. Es fundamental que se abra un proceso de compasión y benevolencia hacia todos los seres sintientes, especialmente hacia los pobres, a través de las relaciones con los demás, basando sus acciones en las enseñanzas del maestro Buda en el Dharma.

Para tal fin, hay que iniciar por el camino que conduce a la cesación del sufrimiento: “es la senda sagrada de las ocho partes, lo que quiere decir: fe correcta, pensar correcto, hablar correcto, obrar correcto, conmemorar correcto, empeño correcto, vida correcta, y correcta inmersión. Este es el camino que conduce a la cesación del sufrimiento” (Bauer, 2015, p.194). Es así que, por medio de diferentes acciones concretas, el practicante budista puede acoger al pobre, al que sufre las necesidades materiales en este mundo consumista:

Tener compasión con los otros hombres, sin distinguir entre familiar y extraño; aspirar siempre a salvarlos a todos sin diferencias, y en ello no pensar nunca en el propio beneficio, ni mundano ni supramundano; aunque los otros no lo sepan y no muestren ninguna gratitud, simplemente hacer bien a los demás y nunca dar a conocer a los otros lo que abrigais de bueno en el corazón. (Dogen, citado en Han, 2015, p. 90).

En estas palabras se revela el ideal de una compasión pura y desinteresada, que actúa en silencio, sin esperar recompensa ni reconocimiento, como expresión genuina del despertar interior.

2.2. El karma y el impacto en los pobres

El karma es concebido como la acción de causa y efecto. Estas acciones pueden ser verbales, mentales o físicas, y determinan la vida presente y futura del creyente budista: “El recto punto de vista hace referencia al conocimiento de que los pensamientos, las palabras y las acciones tienen consecuencias; esta es la comprensión adecuada del karma. Este aspecto del recto punto de vista es la base de la moralidad” (Kramer, & Montesinos, 2018, p.140). Así pues, cada acción positiva que se realiza puede traer consigo ciertos resultados favorables para la persona o, por el contrario, si son negativos los resultados pueden tener el mismo tinte. De ello depende la relación directa entre lo que se piensa-experimenta y lo que se hace.

El karma tiene sus implicaciones directas con el *samsara* (ciclo de la muerte y renacimiento), por ello lo esencial es liberarse del *samsara* por medio de la purificación del karma. Esto indica que cada persona es la que crea su realidad futura de acuerdo a las acciones realizadas. Por tal motivo, se exhorta al practicante budista: “Apoya proyectos de caridad tanto como sea posible, ofreciendo ayuda física, donaciones o haciendo trabajo voluntario. Ayuda a los pobres y enfermos. Si alguien está sufriendo hambre o sed, como ocurre en los países del tercer mundo, debemos ayudarlos directamente o donar a organizaciones de caridad” (Chenagtsang, 2011, p.103). Ese llamado a la acción refuerza la importancia de la solidaridad, destacando que es responsabilidad de todos aliviar el sufrimiento de los más necesitados.

El karma regula la vida moral de los practicantes: “Buda interiorizó todo el sistema de -acciones significativas- y, al hacer eso, lo moralizó en términos de la ley causal impersonal” (Williams & Tribe, 2016, p.105). El pobre tiene un papel fundamental en el desarrollo y purificación del karma por parte de los que siguen esta doctrina. La apuesta de vivir moralmente bien de acuerdo a las sensaciones recibidas por el buen karma, ayuda a sobrellevar el sufrimiento que cada persona experimenta: “Las intenciones kármicas sanas y malsanas conllevan (en esta vida o en vidas futuras) experiencias agradables o desagradables, sensaciones, como sus resultados kármicos, junto con el particular organismo psicofísico que es capaz de experimentar esas sensaciones” (Williams & Tribe, 2016, p.110). A su vez, se puede considerar que el karma pone el énfasis en las prácticas de compasión o generosidad. También, clarifica que el pobre o la pobreza en su conjunto material no puede verse sólo

como resultado del karma por acciones realizadas en vidas pasadas, por quienes lo sufren actualmente.

Es de suma importancia asumir con responsabilidad el karma. Ello implica un compromiso por purificar un acercamiento a las realidades de todos los seres. Es un obsequio benévolo donde se puede poner en práctica la generosidad, aunque para ser una apuesta de imposición debido a la exigencia por salir prontamente de ese ciclo constante de la vida, también se convierte en la condición de posibilidad de humanización mediante la práctica de bondad que inyecta un despertar espiritual en el individuo. Asimismo, existen unas nociones para que el karma no se vuelva tan solo un requisito más: “La cantidad que das no es importante, pero lo que sí es vital es que ayudes a alguien de manera regular” (Chenagtsang, 2011, p.103).

Es un estilo de vida que marca una predominada actitud de vivir la vida de acuerdo con un horizonte mucho más de los esquemas mentales: “No sólo es importante hacer karma mental, sino también poner el karma en acción real, haciendo cosas que puedan ayudar en cualquier sentido” (Chenagtsang, 2011, p.104). Lo realmente importante en este contexto es ayudar a las personas, asumiendo con responsabilidad el apoyo a los pobres, tanto en lo material como en su liberación para alcanzar la iluminación

2.3. La Bodhicitta: compasión para una mente iluminada

El budismo Mahayana, presenta la Bodhicitta como el deseo altruista de alcanzar la iluminación: “La Bodhicitta tiene dos significados principales: uno es la compasión y otro es la mente iluminada, o una mente perfectamente purificada. De hecho, estos dos significados son independientes porque para obtener la mente iluminada debemos tener la base de la compasión” (Chenagtsang, 2011, p.66). Es una forma de compasión vivida por todos los que experimentan el ciclo del *samsara*, que tiene como objetivo primordial liberar la mente y al mismo tiempo posee sus implicaciones relacionales: “no solo pretende alcanzar la iluminación en beneficio propio, sino que elige volver a renacer a pesar de haber logrado una gran perfección espiritual para ayudar a los seres humanos a superar el sufrimiento y que puedan lograr la iluminación” (García, 2017, p. 153).

Quien practica este camino de compasión se le denomina el Bodhisattva, una persona que está comprometida con ese camino de iluminación: “El comienzo de la vía del bodhisattva es un cambio fundamental en la orientación del interés por uno mismo al interés

por los demás, a la compasión” (Williams & Tribe, 2016, p.273). Este cambio de enfoque refleja el camino hacia una vida más plena, donde la compasión por los demás se convierte en la esencia del verdadero despertar espiritual.

La Bodhicitta representa la motivación que impulsa a cada practicante a cultivar el altruismo, con el propósito de alcanzar el beneficio de todos los seres. Implica un encuentro articulado entre la compasión y la liberación de la mente para el desapego del ego y la profunda ayuda a los demás seres. Lo mencionado presupone un aspecto importante por el tema de los pobres. Como una forma ineludible de comprender los mecanismos más elementales de asumir el altruismo y otras variadas formas de ayuda, como un horizonte más apropiado para la cesación del sufrimiento en todas sus manifestaciones y la purificación concreta del karma. Una apuesta que supera los intereses particulares y asume al mismo tiempo el reconocimiento con conciencia del que está sufriendo, en este caso del pobre.

3. Reinterpretación cristiana del pobre a la luz del islam y el budismo

La pobreza en el cristianismo a menudo se interpreta de dos maneras: física y espiritual. Al realizar una aproximación a la Sagrada Escritura se puede creer acerca de estas dos nociones: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3). Esta bienaventuranza recalca no solo la pobreza material, empero también una disposición espiritual de humildad y dependencia de Dios. Al mismo tiempo, se intenta responder a una exhortación específica de acuerdo con las palabras de Jesús: “El que tiene dos túnicas, dé una al que no tiene” (Lc 3,11). La invitación asistir a los pobres a través del servicio y cuidado debe ser asumido con responsabilidad, para aproximarse a lo trascendental.

Si bien es cierto que la pobreza es una situación que afecta a cualquier ser humano, cuando se tiende acentuar solo desde la dimensión espiritual, se puede caer en el error de obviar las realidades humanas y los contextos sociales que viven estas personas. Es allí cuando se habla de la romantización de los pobres. Se corre el riesgo de simplificarla como una virtud moral deseable, cuando en realidad es una condición humana dolorosa y difícil. Romantizarla puede despistar la atención de las causas reales y la insuficiencia para erradicarla. La conocida frase atribuida a Dom Hélder Camara “Cuando doy comida a los

pobres, me llaman santo. Cuando pregunto por qué son pobres, me llaman comunista” ilustra con fuerza que la pobreza no es solo un medio para alcanzar el cielo, sino también consecuencia de estructuras injustas. Por ende, el pobre se convierte en el medio más eficaz para ejercer la caridad. Como resultado de esta dinámica se puede banalizar el sufrimiento que trae consigo la pobreza. La pobreza no sólo es la falta de bienes materiales, también a menudo incluye hambre, falta de acceso a la salud, educación, y una vida digna. Es cierto que el cristianismo utiliza el mensaje de la opción preferencial por los pobres; no debe entenderse como si la pobreza fuera un ideal, por el contrario, es el llamado a eliminar las estructuras que hacen que la pobreza sea perpetua. De hecho, si los pobres son considerados espiritualmente superiores, esto puede desencadenar una situación pasiva del statu quo de luchar para cambiar esta perspectiva: “Una religión falla en su misión salvífica sólo por el hecho de tolerar la dimensión pecadora de la pobreza” (Pieris, 1991, p. 99).

En este sentido integrar las perspectivas del islam y el budismo pueden ofrecer un espectro más amplio y profundo de la pobreza en el contexto cristiano. Para el cristianismo es importante enfatizar en la caridad y la sumisión de espíritu. La enseñanza del islam vincula un aspecto más estructural y comunitario, es decir, haciendo de la justicia social una responsabilidad mutua. En el budismo aporta la introspección donde la pobreza puede interpretarse como una oportunidad para el desapego y el desarrollo espiritual, al mismo tiempo que se cultiva una compasión profunda y universal. Un enfoque cristiano reinterpretado podría incluir una visión más activa de la pobreza como un problema estructural que requiere tanto acción comunitaria como espiritual. También desde la perspectiva de la riqueza interior que se puede desarrollar mediante el desprendimiento y la vida simple.

3.1 Aporte del islam en la resignificación del pobre en el cristianismo.

La enseñanza de la pobreza en el cristianismo tiene como eje central la caridad y la llamada práctica de las obras de misericordia. Tomás de Aquino, en su *Summa Theologica*, afirma que: “la limosna es un acto de caridad que tiene por objeto ayudar al prójimo en sus necesidades” (II-II, q.32, a.1), insistiendo que la caridad es una virtud esencial para el cristiano, aunque se puede concebir como un problema, debido a que está centrada en la asistencia individual a los que necesitan. Por eso parece pertinente incorporar la enseñanza del islam, que instala al pobre dentro de un marco estructural de justicia social, en vez de

verla como un problema individual. Asimismo, se integra la idea de resignificar la imagen del pobre en un contexto donde se es acogido por la comunidad.

De hecho, la noción de limosna que se ha visto en el islam tiene dos matices: el obligatorio y el voluntario. En el ámbito de una limosna obligatoria, se puede decir que es un modelo de redistribución económica y tiene como doble propósito aliviar la pobreza a corto plazo y abordar las desigualdades estructurales que perpetúan la miseria: “puede decirse que la obligación de la limosna, inculcada desde los más tiernos años como deber fundamental, ejerce saludables efectos en el ánimo de los musulmanes”. (Pareja, 2016, p. 702). Esto puede enriquecer la noción cristiana al complementar con un sentido de justicia que tiene implicaciones a nivel social. Se enfatiza más la redistribución de la riqueza como deber religioso y una visión más espiritual de la pobreza: “En cuanto a los posibles receptores del azaque, [...] son los pobres, huérfanos y, en el pasado, los cautivos y esclavos” (Puente, 2019, p. 32). La justicia social islámica puede, por tanto, ampliar el enfoque cristiano de la pobreza, llevándolo hacia una acción comunitaria más organizada y sistémica.

Es necesario resignificar el postulado del pobre como lugar teológico, expandiendo su comprensión para abarcar la realidad comunitaria y estructural de los pobres como espacio de revelación y transformación divina. En efecto, mencionar al pobre no es proclamarlo individualmente, es más, se podría expresar que es una experiencia compartida de las comunidades consideradas empobrecidas y en sus respectivas dinámicas sociales que les acaece. Gustavo Gutiérrez ha reflexionado acerca de la pobreza no solo como una cuestión de caridad, sino como una injusticia social que debe ser corregida mediante acciones colectivas. Es decir, los pobres no son solo receptores de caridad, sino protagonistas en su propio proceso de liberación (Gutiérrez, 2018). La limitación a esta propuesta se debe a la movilización de las comunidades a través de la acción política y social.

Asimismo, es preciso revalorizar la lucha contra la pobreza no como una experiencia que depende de la generosidad personal, sino, más bien, enraizada en la justicia que exige sistemas estructurales que puedan transformar la realidad. Igualmente, se requiere buscar integrar la economía, la religión y la justicia para que se complemente con la compasión y la equidad: “La impronta social del Corán es innegable. Se dice claramente que los creyentes que estén por encima del nivel de subsistencia deben dar algo de lo que les sobra a favor de los más pobres” (Gomez, 2009, p. 59). Es loable pensar en una actitud interior, pero no se

puede idealizar al pobre. Por el contrario, la pobreza como ese mal a ser combatido activamente. En efecto, el pobre deja de ser una forma de adoración y encuentro con Dios para convertirse en una acción ética.

A través de la pobreza, ambas religiones consideran que el valor de la persona no recae en lo que posee, sino su dignidad esta delante de Dios. Es imperioso la necesidad de una formación cristiana que enfatice en la pedagogía sistemática de la limosna, no como gestos esporádicos de caridad, sí como una forma de purificar el alma y las riquezas: “La limosna es una expresión visible de la seriedad con la que la fe se sitúa ante Dios. Mediante la limosna los musulmanes suplican el perdón divino. En la práctica, la limosna se dedica para ayudar a los pobres, para la construcción de mezquitas y otras actividades piadosas” (Monroy, 2024, p. 30). Lo anterior con el fin de transfigurar una comprensión cristiana más profética y activa de la solidaridad complementaria con el sentir interior y la realidad de praxis.

Esta enseñanza puede ofrecer un marco moral y espiritual de compasión y solidaridad sin necesidad de realizar movilizaciones políticas, es decir, aliviar con mecanismos inmediatos las necesidades de los pobres y posteriormente en las comunidades organizadas establecer una mejor compenetración de este sistema. No se trata de idealizar la acción del pobre como aquel que responde a su situación; se trata de ver en los pobres el deber religioso para asumir con conciencia la caridad. Es decir, al pobre no le interesa tanto las palabras maquilladas; a él le interesa que haya acciones concretas.

3.2. Aporte del budismo en la resignificación del pobre en el cristianismo

Integrar la perspectiva del sufrimiento budista en el cristianismo permite reconocer al pobre como parte de la experiencia universal y explorar la conexión entre el apego a lo material y el sufrimiento. Desde la visión cristiana, la pobreza puede entenderse no solo como carencia de bienes materiales, sino también como una manifestación de un sufrimiento más profundo vinculado precisamente al apego a las riquezas. El sufrimiento surge del apego, es allí donde la pobreza material se puede concebir como la oportunidad para practicar el desapego, aliviar la pobreza y poner en función la compasión con los otros seres sintientes: “La escudilla de la limosna era el distintivo de soberanía del Buda. Muchas estatuas muestran al Buda con su escudilla de limosna, indicando que la obtuvo como recompensa por desechar la posición de gobernante del mundo” (Conze, 2003, p.58). Las enseñanzas budistas

enriquecen la noción cristiana del pobre como aquel que tiene un mal por superar y la oportunidad para su crecimiento espiritual y su bienestar interior.

Por otro lado, el budismo expresa la importancia de la interconexión con todos los seres; en consecuencia, el sufrimiento de una persona se convierte en el sufrimiento de todos: “Sufrimiento, labor, trabajo, búsqueda: estas cosas no tienen valor si no se encuentra vida en ellas. Como hemos visto, el descubrimiento del lugar de la vida en el mundo exige una renuncia que es para el que busca una carga no menos pesada que la cruz de un condenado” (Heisig, 2007, p. 129). La noción de interdependencia propuesta desde esta visión puede integrarse en el cristianismo, donde la pobreza dejaría de entenderse como una condición individual para asumirse como un signo de sufrimiento colectivo. En este marco, ya no se hablaría de el pobre, sino de los pobres como expresión del malestar profundo de toda la comunidad. Se puede considerar como una comprensión holística que se conecta con el sufrimiento del pobre e invita a todo creyente a ser partícipe de esfuerzos colectivos que aborden esas causas estructurales de la pobreza, evitando caer en tan simples actos de compasión aislados de la realidad del pobre.

Otro aspecto significativo en las enseñanzas budistas es la idea de compasión universal. El budismo insiste en la práctica constante de la compasión a todos los seres sintientes sin distinción, una práctica que no está sujeta a ningún valor moral o religioso. Esto podría influir en el acto de la caridad cristiana para que sea activa y transformadora con aquellas personas que carecen de lo material. Dicho aspecto puede abrir un horizonte teórico y la praxis cristiana hacia el pobre:

Ser generoso y dar ayuda material supone ayudar a los otros materialmente proporcionándoles lo que necesiten. Los demás se sentirán atraídos por nuestra generosidad y eso abre la puerta para que les enseñemos el Dharma. Además, dar asegura que tienen los requisitos materiales para aprender el Dharma, sin lo cual los discípulos sinceros serán incapaces de practicar. (Chodron Lama, 2016, p. 302)

Para desideologizar la pobreza y vivirla con sabiduría y desapego, es importante vincular la libertad interior con respecto a los bienes materiales con un auténtico encuentro con el pobre, no desde el enfoque asistencialista. Esto se haría, por el contrario, desde la meditación, el silencio y la atención plena articulando la acción y la transformación exteriores: “Todas las tradiciones budistas coinciden en que, una vez que una persona se convierte en un buda, se transforma radicalmente y ya no sigue siendo igual a una persona

común” (Williams & Tribe, 2016, p.188). Tal acto podría ayudar a fomentar desde los horizontes cristianos una compasión sin egos, una práctica de atención más consciente y respetuosa. Aquí el énfasis no está en la justicia social, más bien, en la sabiduría espiritual, donde todo ser que sufre merece compasión. Es una experiencia compartida de humanidad doliente que puede ser asumida desde la perspectiva cristiana.

De ahí, cuando un pobre asimila su propia resignificación cambia su forma de concebir la vida, a través de situaciones de compasión se siente identificado dentro de una determinada comunidad, una comunidad que le abre el corazón, como lo afirma Hans Urs von Balthasar: “Dios no es sólo la soberana majestad situada por encima de la criatura, sino que, en cuanto tal, es también la más libre vida del amor, vida que para ser conocida tiene que abrirse y comunicarse. Ya el misterio del amor interhumano apunta a ello: el corazón tiene que abrirse libremente al otro corazón” (2011, p.103). El amor divino no es distante ni inalcanzable, sino que se manifiesta a través de la apertura y comunicación, reflejando el misterio del amor humano.

Conclusiones

La integración de perspectivas del islam, con su énfasis en la justicia social, y del budismo, con su enfoque en el desapego y la sabiduría espiritual para superar el ciclo de sufrimiento, enriquece la concepción cristiana al ofrecer un enfoque más inclusivo y global sobre la pobreza. Además, la pobreza es interpretada como un espacio dinámico de cuestionamiento y reconstrucción teológica, que fomenta el diálogo interreligioso y resalta la solidaridad como un valor esencial en la lucha contra las desigualdades.

Desde el aporte que da el islam se puede asumir una visión más estructural de la pobreza, y la justicia no solo puede depender de la caridad personal, sino de mecanismos colectivos que estén orientados a garantizar los derechos de los pobres. Desde el budismo se puede asumir el llamado al desapego interior y a una compasión lucida, que libere del ego y se puede servir sin caer en el asistencialismo o paternalismo. Con la integración de estos elementos, el pobre deja de ser visto como aquel carente de lo material, por el contrario, es visto como quien vive de acuerdo a una condición existencial y una oportunidad de transformación personal y comunitaria.

Este enfoque invita a trasladar las reflexiones teológicas a prácticas concretas que responden a las necesidades reales de los pobres, promoviendo un compromiso activo desde la espiritualidad, la justicia social y la compasión. Así, los pobres son reconocidos como lugar teológico en el aquí y ahora, donde se manifiesta la intersección entre lo humano y lo divino, y se construye una fe comprometida con un mundo más justo y solidario. Resignificar el postulado del pobre como lugar teológico implica integrar los aportes del islam y del budismo para pasar de una visión individualista o meramente espiritual a una comprensión más integral, estructural y liberadora. Desde el islam, el pobre es sujeto de derecho y justicia social; desde el budismo, es símbolo del sufrimiento universal y del camino hacia el desapego interior. Esta reinterpretación reconoce al pobre no solo como receptor de caridad, sino como catalizador de transformación personal, comunitaria y espiritual, invitando a una teología encarnada en la compasión universal y la justicia activa.

A modo de proyección, este estudio invita a considerar futuras líneas de investigación orientadas al desarrollo de una teología práctica del pobre en clave interreligiosa, que integre elementos de justicia estructural, espiritualidad y acompañamiento comunitario. Asimismo, sería pertinente explorar cómo los aportes del islam y el budismo pueden nutrir la pastoral social cristiana, fortaleciendo el compromiso con la equidad y la dignidad humana desde una perspectiva global. Por otra parte, se abre el espectro a otra posibilidad investigativa que consiste en aplicar esta mirada comparativa a otros temas teológicos relevantes, como la noción de misericordia, el sufrimiento o la redención, para continuar fomentando un diálogo fecundo entre religiones que busque respuestas comunes a los desafíos sociales actuales.

Referencias bibliográficas

- Balthasar, H. U. V. (2011). *¿Nos conoce Jesús? ¿Lo conocemos?*. Herder Editorial.
- Bauer, W. (2015). *Historia de la filosofía china: confucianismo, taoísmo, budismo*. Herder Editorial.
- Brazier, D. J. & J. Brazier, D. (2012). *Quien ama muere bien: al borde de la Tierra Pura de Buda*. Editorial Desclée de Brouwer.
- Carballeira Debasa, A. M. (2011). *Caridad y compasión en biografías islámicas*. Editorial CSIC Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- Chenagtsang, N. (2011). *El arte del buen karma: las prácticas preliminares del Yuthok Nyingthig*. Ediciones I.
- Chodron, T. & Lama, D. (2016). *Budismo: un maestro, muchas tradiciones*. Herder
- Chophel, T. (2016). *Meditaciones de un monje budista*. Bubok Publishing S.L.
- Conze, E. (2023). *El budismo: su esencia y su desarrollo*. FCE - Fondo de Cultura
- Han, B. (2015). *Filosofía del budismo zen*. Herder Editorial.
- García Montaña, J. (2013). *La realidad desde el budismo: vacuidad y compasión*. Ediciones y Gráficos Eón.
- García-Lavernia, M. (2017). *Budismo: una mirada desde Occidente*. Bubok Publishing S.L.
- Goddard, D. (2023). *Una biblia budista*. Dykinson.
- Gómez Pérez, R. (2009). *Convivir con el Islam*. EIUNSA.
- Gómez, L. (2019). *Diccionario de islam e islamismo*. Editorial Trotta, S.A.
- Gutiérrez, G. (2018). *Teología de la liberación: perspectivas: mirar lejos*. Editorial Docencia.
- Heisig, J. W. (2007). *El gemelo de Jesús: un alumbramiento al budismo*. Herder Editorial.
- Kramer, G. & Montesinos Pons, F. (Trad.). (2018). *El diálogo en plena conciencia: el sendero interpersonal hacia la liberación*. Editorial Desclée de Brouwer.
- Küng H. y Moltmann J. (1994). CONCILIUM: Revista Internacional de Teología (253). *El Islam: Un Desafío Para El Cristianismo*. Editorial Verbo Divino.
- Monroy, J. A. (2024). *Perspectivas Coránicas del Islam*. Editorial CLIE.
- Mota, M. (Il.). (2013). *Conoce el Islam*. Newton Edición y Tecnología Educativa.
- Muhammad. (2004). *El Corán*. El Cid Editor.
- Pareja, F. (2016). *Islamología*. Athenaica Ediciones Universitarias
- Pieris, A. (1991). *El rostro asiático de Cristo. Notas para una teología asiática de la liberación*. Sígueme (pp. 97-131).
- Pikaza Ibarrondo, X. (2010). *Diccionario de las tres religiones: Judaísmo, Cristianismo, Islam*. Editorial Verbo Divino.
- Prado, A. (2007). *El islam anterior al Islam: propuestas para una teología de la liberación*. Editorial ozeabap.
- Puente, C. D. L. (2019). *Islam e islamismo*. Editorial CSIC Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Scheuer, J. (2012). *Un cristiano en la senda de Buda*. Herder.

Tamayo, J. J. (2009). *Islam: cultura, religión y política*. Editorial Trotta, S.A.

Williams, P. & Tribe, A. (2016). *Pensamiento budista: una introducción completa a la tradición india*. Herder Editorial.